

La no-dualidad en el pensamiento del Maestro Eckhart

Una Introducción — parte 1 de 3



El sufrimiento de la separación de dios

¿Cuál es el punto de partida de la enseñanza del Maestro Eckhart? Si es que hay un punto de partida, éste es el sufrimiento del hombre. ¿De dónde proviene este sufrimiento? Su origen se encuentra en la separación o desemejanza del hombre con Dios con motivo de la expulsión del "Paraíso" y la consiguiente entrada en el reino de la desemejanza. Esta situación es explicada con el siguiente ejemplo; "cuando se me coloca en la mano un carbón ardiente me duele porque este carbón tiene algo que *no* tiene mi mano" (*Trat. Del Hombre Noble*). En consecuencia sufro porque *no* hay similitud con Dios, sufro por mi desigualdad con Dios. Y precisamente ese sufrimiento es una llamada de atención del alma; «El animal más rápido que nos lleva a la perfección es el sufrimiento» (*Trat. Del Consuelo Divino*) de modo que «Cuanto mayor el sufrimiento, tanto menor el sufrimiento» (*Trat. Del Hombre Noble*).

Aquí comienza el camino del buscador, del peregrino que anhela regresar a su patria originaria y recuperar la felicidad. Muchos buscadores pasan la vida tratando de alcanzar

en vano esa felicidad acumulando las experiencias que les proporcionan los objetos; "Por eso el hombre quiere ora una cosa, ora otra; ora se ejercita en la sabiduría, ora en el arte. Por no poseer lo Uno, el alma nunca llega a descansar hasta que todo sea uno en Dios. Dios es uno solo; ésta es la bienaventuranza del alma y su adorno y su descanso" (*Serm. Unus deus et pater omnium*). Pero el hombre continúa insatisfecho porque no obtiene plena satisfacción en el mundo externo. Entonces, llega un momento en que se repara en que no se trata de experimentar sino de ser... y que el camino para ser no está afuera, en los objetos externos y en las experiencias, sino dentro. No se trata de poseer, añadir y amontonar cosas sobre uno, sino de pulir, limpiar y desasirse de lo que es accesorio.

La búsqueda del dios escondido

Sin embargo, esta búsqueda de la felicidad en Dios no deja de contener ciertas paradojas. De entrada, Dios parece que nos rehuye, pero "La culpa de que esté escondido para nosotros no la tiene nadie más que nosotros. Somos la causa de todos nuestros impedimentos" (*Serm. In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Uno de estos obstáculos, tal vez no el más importante pero sí el primero que se presenta ante el buscador, es el de representarse a Dios como un objeto que ha de ser localizado y asido por el sujeto. De esta manera, Dios es convertido en algo externo a uno mismo y la búsqueda es imaginada como un método, camino o proceso en el tiempo plagado de etapas y pruebas laboriosísimas. La mente del buscador acaba proyectando sus propias especulaciones en ese objeto que cree que es Dios, alejándose cada vez más de Él. Para Eckhart, "Uno se encuentra con gente a la que gusta Dios de una manera, pero no de otra, y se empeñan en poseer a Dios sólo en una forma de devoción y no en otra. Lo dejo pasar, pero es todo un error... Por lo tanto no debéis insistir en ningún modo, porque Dios no es en absoluto ni esto ni aquello. De ahí que aquellos que tomen a Dios de la manera descrita, proceden mal con Él. Toman el modo, pero no a Dios. Por ende recordad esta palabra: Debéis pensar puramente en Dios y buscarlo a Él" (*Serm. In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Pensar en Dios con pureza implica abandonar la idea de acercarse a Dios con propósito de sacar algún beneficio.

La misma idea de "propósito" es adversa a la pureza mencionada. Incluso, la misma persistencia de pensamiento (o sea, un yo como sujeto que piensa objetos separados) es otro fardo que hay que arrojar. Y más que ver a Dios como un objeto, cabría plantearse si quien ve de tal modo no es sino otro objeto en la medida en que su existencia pende de Dios; "Has de saber que cuando quiera que busques de algún modo lo tuyo, no encontrarás jamás a Dios, porque no buscas a Dios con pureza. Buscas alguna cosa por medio de Dios y procedes exactamente como si convirtieras a Dios en una vela para buscar algo con ella; y cuando uno encuentra las cosas buscadas, tira la vela. Esto es exactamente lo que haces: cualquier cosa que busques por medio de Dios, no es nada, sea lo que fuere, provecho o recompensa o recogimiento o lo que sea; buscas la nada y por tanto encuentras la nada. El que halles la nada, no se debe sino a que buscas la nada. Todas las criaturas son pura nada. No digo que sean insignificantes o que sean algo: son pura nada. Lo que no tiene ser no es nada. Todas las criaturas no tienen ser, porque su ser pende de la presencia de Dios. Si Dios se apartara por un solo momento de todas las criaturas, se anonadarían. He dicho a veces, y es verdad: Quien tomara junto con Dios todo el mundo, no tendría más que si tuviera a Dios solo. Sin Dios, todas las criaturas no tienen más ser del

que tendría una mosca sin Dios, exactamente lo mismo, ni más ni menos" (*Serm. Omne datum optimum*).

Entonces ¿cómo un objeto o una nada puede unirse a Dios? ¡De ninguna manera! Como Dios no es objeto, solo puede asemejarse con aquella parte del hombre que tampoco es un objeto. Eso es lo que Eckhart llama "chispita" o fondo del alma. Averiguar cuál es esa parte del hombre equivale a averiguar quién o qué es Dios. [...]

Dios no es ni esto ni aquello. Eckhart entronca así con aquel linaje de místicos cristianos que ligaban su discurso intelectual y su experiencia extática a la superación de los contrarios mediante una "vía negativa" (apofática). Dios es Nada, es decir que está fuera de nuestras categorías intelectuales. Para el maestro alemán Dios es «lo Uno, donde toda multiplicidad es una sola cosa y una no-multiplicidad» (*Trat. Del Consuelo Divino*), porque «donde hay dos, hay un defecto» (*Trat. Del Hombre Noble*). Todos los atributos pertenecen a Dios sin que Él sea uno de ellos; «Dios no es ni ser ni racional ni conoce esto o aquello. Por eso, Dios es libre de todas las cosas y por eso es todas las cosas». Y el mismo maestro pregunta: «Si Él no es ni bondad ni ser ni verdad ni Uno, ¿entonces, qué es? No es absolutamente nada, no es ni esto ni aquello» (*Trat. Del Hombre Noble*). "Sin embargo, Él no es ni esto ni aquello, y por lo tanto el Padre no se contenta con ello, antes bien, regresa a lo primigenio, a lo más íntimo, al fondo y al núcleo del ser-Padre donde ha estado adentro eternamente en sí mismo, en la paternidad, y donde disfruta de sí mismo, el Padre como Padre, de sí mismo en el Hijo único. Allí, todas las hierbecillas y la madera y las piedras y todas las cosas son uno" (*Serm. Hec dicit dominus*).

En suma, ningún nombre le conviene a Dios. Incluso la fórmula del *Éxodo* "Soy el que Soy" significa, según Eckhart, que Dios se considera sin atributos y que no es posible agregar ningún predicado a la voz verbal "es". "Dios" no es ni bueno, ni mejor, ni lo óptimo; es el (único) que Es. Dios es uno, el Uno y el único. "Uno es una negación de la negación... En Dios hay una negación de la negación; es uno solo y niega todo lo demás, porque nada existe fuera de Él...". No obstante, Dios se ha dado a sí mismo ciertos nombres para que podamos discurrir, reflexionar y meditar sobre los *nombres divinos*. El rey David dice: «Su nombre es el Saddhai» (Salmo 67, 5). "Sin embargo yo digo: Si alguien conoce siempre algo de Dios y de ahí le quiere aplicar algún nombre, eso ya no es Dios. Dios está por encima de los nombres y por encima de la Naturaleza... No podemos encontrar ningún nombre que nos sea permitido aplicarlo a Dios. Se nos ha permitido utilizar algunos nombres con los cuales han nombrado los santos a Dios, porque Dios los había santificado en sus corazones e inundado con la luz divina... Pero hemos de aprender a no dar ningún nombre configurativo a Dios, como si pretendiéramos con ello alabarlo y ensalzarlo suficientemente. Dios está por encima de los nombres y es inefable" (*Serm. Misit dominas manum suam*). Es *Deus absconditus*, el innombrable y, por tanto, ante esto Eckhart recomienda; "escucha y guarda silencio".

La esencia de esta *via remotiois* o *teología negativa* (*Dios no es esto ni aquello*) es que "Dios que es sin nombre –no tiene nombre alguno– es inefable y el alma, en su fondo, es igualmente inefable tal como Él es inefable" (*Serm. Qui odit animam suam*). Cuando se descubre que «En verdad, tú eres el Dios escondido» (Isaías 45, 15), es porque el alma es testigo de ello, está allí presente para comprender que hay un lugar, que es un no-lugar, y un

momento, que es un no-momento, en el que Dios y Alma son semejantes; "en el fondo del alma, allí donde el fondo de Dios y el fondo del alma son un solo fondo. Cuanto más uno te busque, tanto menos te encontrará. Debes buscarlo de manera tal que no lo halles en ninguna parte. Si no lo buscas, lo encontrarás" (*Serm. Homo quidam nobilis*).

Para acercarse a Dios, para unirse a Dios, uno debe saber qué es Dios. Y lo que es Dios se conoce por lo que *no* es. Pero esa misma indagación o reflexión personal debe servir también como medio de introspección o interiorización sobre lo que es nuestra naturaleza real, es decir, el fondo más profundo del alma. Esa meditación ha de re-formar al meditador ayudándole a ensimismarse, «uno debe ser in-formado otra vez en el bien simple que es Dios». Tal in-formación, es decir, el retorno de la criatura a su Creador, implica no solo un cambio o con-versión de la idea de Dios, sino además la superación del mero pensamiento discursivo o dual (sujeto-objeto) por otra forma de cognición espontánea, natural y unitiva. Ya en su primer tratado, Eckhart señala que: «El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él... Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas» (*Trat. Del Consuelo Divino*) de modo que «cuanto más se conoce a Dios como uno, tanto más se lo conoce como todo» (*Trat. Del Hombre Noble*). Para lograr tal fin hay que acercarse al Dios «desnudo»; «Separad de Dios todo cuanto lo está vistiendo y tomadlo desnudo de vestuario donde se halla develado y desarropado en sí mismo» (*Trat. Del Hombre Noble*) ¿Qué queda? Eso que queda es Dios inmanente... el Alma. Dicho en palabras de Eckhart, la búsqueda de Dios (la chispita del Alma) supone un proceso de «descreación» (*ungeschaffenheit*) por el cual el alma pierde su nombre o atributos personales para unirse con Aquel que se halla más allá de todo nombre. Asumir y verificar que no somos el cuerpo, no consistimos en pensamientos ni deseos, carecemos de historia personal, no tenemos pasado ni futuro, no somos ni esto ni aquello... es perder el nombre, es perder el ser (*Entwerdung*) para ganar el ser de Dios, que es idéntico a su Nombre (Ex 3, 13 -14).

Dios y la Divinidad

Conviene precisar una de las distinciones más notables del Maestro Eckhart. Al referirse a Dios, distingue entre la "Divinidad" completamente inaprehensible e inefable, y "Dios" tal y como se presenta al hombre. Esta distinción aclara cualquier sospecha de soberbia en Eckhart cuando afirma que «Yo soy la causa de que Dios es Dios; si yo no existiera, Dios no sería Dios» (*Trat. Del Hombre Noble*), "Dios sin las criaturas no sería Dios" de modo que "cuando... recibí mi ser de criatura, entonces tuve yo un Dios, pues antes de que existieran las criaturas Dios no era Dios". Era "el abismo eterno del ser divino". Más precisamente; "La Deidad y Dios son realidades tan distintas como el cielo y la tierra. Todas las criaturas hablan pues de Dios". "¿Y por qué no hablan de la Deidad? Todo lo que está en la Deidad es Unidad y no se puede decir nada de ello. Dios opera, pero la Deidad no opera; ella no tiene por lo demás ninguna obra que efectuar; no hay operación en ella; y nunca ha puesto los ojos en ninguna operación. Dios y la Deidad difieren como la operación y la No-operación" (*Serm. Nolite timere eos*).

Partiendo de esta distinción metafísica entre la Divinidad y Dios, Eckhart expone entonces una de sus conclusiones más sutiles; "Cuando yo me hallaba aún en mi causa primigenia, no tenía Dios alguno y era la causa de mí mismo; no quería nada ni apetecía nada porque

era un ser libre y un conocedor de mí mismo en el gozo de la verdad. Entonces me quería a mí mismo sin querer otra cosa; lo que yo quería lo era, y lo que era lo quería, y entonces me mantenía libre de Dios y de todas las cosas. Mas cuando, por libre decisión, salí y recibí mi ser de criatura, entonces tuve un Dios; porque antes de que fueran las criaturas, Dios aún no era «Dios»; mas, era lo que era. Pero, cuando las criaturas llegaron a ser, recibiendo su ser creado, Dios no era «Dios» en sí mismo, sino que era «Dios» en las criaturas..." (*Serm. Beati pauperes spiritu*). En suma, el hombre es causa de sí mismo en la medida en que es un no-nacido (*ungeborn*). Y desde esta perspectiva atemporal o anterior a la creación, no tiene sentido hablar de Dios. Por eso, cuando tiene lugar la creación tampoco tiene sentido hablar ya de la Deidad. Esto le sirve a Eckhart para explicar la clave para desandar ese camino de vuelta a la pobreza o simplicidad primigenia; "el hombre, que ha de poseer esta pobreza, debe vivir de modo tal que ni siquiera sepa que no vive ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios; antes bien ha de estar tan despojado de todo saber que no sabe ni conoce ni siente que Dios vive en él; más aún: debe estar vacío de todo conocimiento que en él tenga vida. Pues, cuando el hombre se mantenía en el eterno ser divino, no vivía en él ninguna otra cosa: antes bien, lo que vivía, era él mismo" (*Serm. Beati pauperes spiritu*).

Desde esta distinción se explica la afirmación eckhartiana de que el fin último del hombre no puede ser el Dios de la creación sino la Divinidad que está más allá del ser de Dios y de las criaturas. Y únicamente desde esta óptica tiene sentido la afirmación de aquellos místicos que, como Eckhart, afirman que el hombre debe aspirar a vaciarse de Dios (*gotes ledic werden*), «que me vacíe de Dios», pues sólo el ser creado está sujeto al tiempo, es decir, al nacimiento y a la muerte. Pero el hombre celeste en cuanto ser esencial anterior al tiempo, es un no-nacido (*ungeborn*) y, por tanto, no puede morir jamás, y en eso consiste su eternidad. Esa vuelta o regreso a la deidad implica un viaje ontológico a través de la creación y del propio Demiurgo para llegar totalmente vaciado de sí mismo hasta la Divinidad y ser uno en ella, en suma, realizar la Suprema Identidad.

¿Qué es lo que obstaculiza esa visión de Dios? El error más común es verse como un ser separado de Dios. "Muchas gentes simples se imaginan que deberían ver a Dios como si estuviera allí mientras que ellos están aquí. Y eso no es así. Dios y yo, somos uno" (*Serm. Iusti autem in perpetuum vivent*). La frase de San Pablo; «Un solo Dios y Padre de todos, que es bendecido por sobre todos y a través de todos y en todos nosotros» (Efesios 4, 6) le sirve a Eckhart para explicar que "Uno solo significa aquello a lo cual no se ha añadido nada. El alma toma a la divinidad tal como es en sí, en su purificación donde no se le añade nada, donde no se le agrega nada en el pensamiento. Uno solo es una negación de la negación. Todas las criaturas llevan en sí una negación; una niega ser otra. Un ángel niega ser otro ángel. En Dios, empero, hay una negación de la negación; es uno solo y niega todo lo demás, porque no hay nada fuera de Dios. Todas las criaturas existen en Dios y son su propia divinidad, y esto significa plenitud" (*Serm. Unus deus et pater omnium*). En definitiva, "Todo lo que Dios realiza es Unidad, es por lo que él me engendra en tanto que su hijo, sin ninguna distinción" (*Serm. Iusti autem in perpetuum vivent*). Eso le sirve para concluir que *alle créatûren sint ein wesen*, «todas las criaturas son un ser» (ésta fue una de las tesis incriminadas).

¿Qué es el "yo"?

Entonces, si no hay más que un Ser ¿qué es el "yo"? Eckhart distingue tres modalidades del "yo" equivalentes o simétricas a las nociones de Divinidad, Dios y Creación; a) como no-nacido; b) como hijo único del Padre y c) como entidad mortal e ilusoria:

a) En efecto, comentando la afirmación paulina de que «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy» (1 Cor. 15, 10), el místico alemán explica que "si vosotros me preguntáis si yo, como soy un hijo único engendrado eternamente por el Padre celestial, he sido también eternamente hijo en Dios, contesto: sí y no; sí... soy hijo en cuanto el Padre me ha engendrado en la eternidad, mas no soy hijo en cuanto a la condición de no-nacido". Con la expresión bíblica «In principio» se nos da a entender que "somos un hijo único a quien el Padre engendró eternamente desde las tinieblas ocultas de la ocultación eterna, y que permanece dentro del primer principio de la pureza primigenia que es la plenitud de toda pureza. Allí he descansado y dormido eternamente en el conocimiento escondido del Padre eterno, permaneciendo adentro sin ser pronunciado" (*Serm. Ave, gratia plena*). En cuanto que yo soy sin-nacimiento y anterior o fuera de la Creación, no conocía a un "Dios". En ese estado puro y primigenio no había nada ni nadie; "Cuando yo residía aún en el Fondo y en el Lecho, en el Riachuelo y en la Fuente de la Deidad, allí nadie me preguntaba hacia dónde me dirigía ni lo que hacía; en realidad, no había nadie para interrogarme... Cuando yo llego al Fondo y al Lecho, al Riachuelo y a la Fuente de la Deidad, nadie me pregunta de dónde vengo, ni dónde he estado. Allí, nadie se ha percatado de mi ausencia, pues es allí donde "Dios" desaparece" (*Serm. Nolite timere eos*). Por eso, en tanto que soy no-nacido "por eso soy la causa de mí mismo en cuanto a mi ser que es eterno, y no en cuanto a mi devenir que es temporal. Y por eso soy un no-nacido y según mi carácter de no-nacido, no podré morir jamás. Según mi carácter de no-nacido he sido eternamente y soy ahora y habré de ser eternamente" (*Serm. Beati pauperes spiritu*).

b) "Yo" en cuanto hijo único del Padre "debe entenderse que hemos de ser un único hijo que ha sido engendrado eternamente por el Padre. Cuando el Padre engendró a todas las criaturas, me engendró a mí y yo emané con todas las criaturas y, sin embargo, permanecí dentro del Padre" (*Serm. Ave, tiaplana*). "Hace muchos años, yo no existía aún: un poco mas tarde mi padre y mi madre comieron carne y pan y verduras que crecían en el jardín, y con ello me hice hombre" (*Serm. Hec (sic) dicit dominus*). En cuanto que yo soy un nacido y criatura, "lo que soy según mi carácter de nacido, habrá de morir y ser aniquilado, porque es mortal; por eso tiene que perecer con el tiempo. Junto con mi nacimiento eterno nacieron todas las cosas y yo fui causa de mí mismo y todas las cosas; y si lo hubiera querido no existiría yo ni existirían todas las cosas; y si yo no existiera no existiría «Dios». Yo soy la causa de que Dios es «Dios»; si yo no existiera, Dios no sería «Dios»" (*Serm. Beati pauperes spiritu*).

c) Pero hay también un "yo" mortal e ilusorio que es precisamente esa identidad que aparenta ser la más real, tangible y consistente. Ella es paradójicamente la más evanescente porque el hombre no posee el ser por sí mismo, su ser le viene del único «que Es» (Éx 3, 14). De entrada "Ego, o sea, la palabra «yo», no pertenece a nadie sino a Dios solo, en su unidad. Vos, esta palabra significa lo mismo que «vosotros»: para que todos seáis uno en la unidad, esto quiere decir: las palabras «ego» y «vos», «yo» y «vosotros» apuntan hacia la unidad" (*Serm. Ego elegi vos de mundo*). Pero es que además, metafísicamente este «yo» supondría una alteridad (*anderheit*) intolerable para Dios. "Aquel que dice «yo»

tiene que hacer la obra lo mejor imaginable. Nadie puede pronunciar esta palabra, en sentido propio, sino el Padre" (*Trat. Del Hombre Noble y Serm. Ecce ego mitto angelum meum*). Ese "yo" imaginario e inexistente es una "nada" incapaz de lograr la unión con Dios sencillamente porque Él es el único "yo" que existe. Ahora bien, lo importante es que hay un lugar y un momento en el que el "yo" de Dios y el "yo" del hombre son semejantes; es cuando se produce el nacimiento eterno en el fondo del Alma.

El desasimiento

El hombre está obsesionado con la idea de que su felicidad proviene de los objetos materiales de modo que creemos que cuantos más se posean, más placer se obtendrá. Sin embargo, ese tipo de gozo es tan pasajero como mudables y evanescentes son todos los objetos. Apenas un objeto es disfrutado, el ego ya está codiciando una nueva experiencia en la que proyectar su insatisfacción. Así, la vida del hombre consiste en una carrera alocada por conseguir cosas con las que obtener una felicidad que nunca llega. Solo puede poner fin a esta agitación si se percata de que está persiguiendo un espejismo creado por su propio ego. El ego necesita del tiempo, es decir, del pasado (los recuerdos) y del futuro (proyectos, expectativas) para sobrevivir porque en el presente desaparece. Necesita objetos para seguir siendo el sujeto protagonista y mantener así la dualidad del conocedor y lo conocido, es decir, la pluralidad de objetos que le reporten experiencias sin fin. [...]

Pero repárese en que vaciar de objetos el templo (alma) no es necesariamente una operación de renuncia material que implique una retirada del mundo o una vida eremita sino que supone especialmente una orientación adecuada ante el mundo, porque los objetos son neutros. El problema no son los objetos sino nuestra actitud ante ellos: "la culpa de la perturbación, no la tienen los modos de proceder ni las cosas: quien te perturba eres tú mismo a través de las cosas, porque te comportas desordenadamente frente a ellas" (*Coll. 3*). Por eso, no se trata de renunciar a los bienes exteriores sino de renunciar al ego, desapegarnos de la idea de que hay un "yo" que hace y desea: Se ha dicho «Quien me quiere seguir que se niegue primero a sí mismo» (Mateo 16, 24); "Por ende, comienza primero contigo mismo y ¡renuncia a ti mismo! De cierto, si no huyes primero de tu propio yo, adondequiera que huyas encontrarás estorbos y discordia, sea donde fuere. La gente que busca la paz en las cosas exteriores, sea en lugares o en modos o en personas o en obras, o en el extranjero o en la pobreza o en la humillación, por grandes que sean o lo que sean, todo esto no es nada sin embargo, y no da la paz. Quienes buscan así, lo hacen en forma completamente equivocada: cuanto más lejos vayan, tanto menos encontrarán lo que buscan. Caminan como alguien que pierde el camino: cuanto más lejos va, tanto más se extravía. Pero entonces ¿qué debe hacer? En primer término debe renunciar a sí mismo, con lo cual ha renunciado a todas las cosas" (*Coll. 3*).

Es inútil la vida retirada, la búsqueda espiritual en países lejanos y exóticos, frecuentar la compañía de determinadas personas o emprender obras sociales si el ego sigue intacto.

Fuentes: TRATADOS ESPIRITUALES DEL MAESTRO ECKHART (Sanz y Torres, 2008)
Javier Alvarado. HISTORIA DE LOS MÉTODOS DE MEDITACIÓN NO-DUAL (Sanz y Torres, 2012)



[Libros](#) | [Extractos](#) | [Recomendados](#)

© NODUALIDAD.INFO

Web page design and custom graphics © 2018 troman.com

La no-dualidad en el pensamiento del Maestro Eckhart

Una Introducción — parte 2 de 3



Un modo "sin modo" de comprender

Ni siquiera el lenguaje espiritual, incluida la forma poética, llega nunca a expresar aquello que, por naturaleza, es inefable. De ahí que abunde en giros y metáforas equívocas o paradójicas. De entrada, se habla de camino espiritual, de peldaños, grados, viaje, peregrinación, etc., lo que supone concebir el alma como un móvil ajeno y extraño a Dios que va de un sitio a otro, un objeto que se desplaza en un espacio que no existe. Se utilizan verbos de acción o de movimiento tales como alcanzar, hacer, meditar, purificar, realizar, nacer, etc. que parecen convertir al alma en un ente imperfecto e incompleto que necesita experiencias para lograr madurar. Se habla, en definitiva, de un proceso, un método o modo de llegar a Dios, como si el alma no estuviera ya *en* Dios, porque, en efecto, de ser así, mientras el alma no está todavía en Dios, ¿dónde está entonces? ¿en un lugar ajeno y distinto a Dios? ¿acaso es posible tal alteridad o alienación? La paradoja es racionalmente irresoluble por lo que solo cabe una comprensión espiritual que trascienda el conocimiento basado en la relación sujeto-objeto, es decir, un conocimiento unitivo transpersonal o supraindividual. En diversas ocasiones el lenguaje místico eckhartiano se topa con estas paradojas y las soluciona de la única manera en que es posible hacerlo. El itinerario hacia Dios es un «Camino sin camino» (*wec âne wec*), porque "A Dios hay que tomarlo en tanto que *modo sin modo* y en tanto que *ser sin ser*, pues no tiene ningún modo" (*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*). Ciertamente, se requiere de cierta sutileza para

comprender el lenguaje místico. Por ejemplo, cuando se habla de salir de sí (*ûzgân*), no se trata de proyectar nada al exterior, pues en ese caso "Cuanto más lejos van, tanto menos encuentran aquello que buscan. Caminan como uno que ha errado el camino: cuanto más avanza, tanto más se dirige al error. ¿Qué tiene que hacer? En primer lugar, tiene que dejarse, entonces lo habrá abandonado todo". Se trata de un modo «sin modo» (*âne wîse*) de comprender. Solo el que busca a Dios sin modo, lo aprehende tal como es en sí, sin razonamientos, ni razones ni *porqués*. "Si alguien estuviera durante miles de años preguntando a la vida *¿Por qué vives tú?* Si la vida pudiera contestar le diría: Yo vivo *porque vivo*". En suma, no hay verdadero conocimiento si no hay transformación del sujeto en objeto de comprensión. Ese es el círculo de la eternidad, un círculo sin centro en el que sujeto y objeto son trascendidos en la unidad. Allí hay una paz y estabilidad perfectas porque no hay ya deseo de ser alguien ni de llegar a ninguna parte porque se Es; "Quien todavía anda en el subir y en el crecer en la Gracia y en la Luz, ése aún no ha llegado a Dios. Dios no es una luz creciente, aunque hay que haber llegado a él mediante el crecer. En el crecer no se ve nada de Dios. Si Dios tiene que ser visto, debe ser en una luz que es Dios mismo. Un maestro dice: en Dios no hay ni menos ni más, ni un esto ni un aquello. Mientras estamos de camino no llegamos" (*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*). Pero el hombre se deja engañar por el espejismo de la apariencia de los objetos tomándolos como si fueran verdaderos.

La causa del problema es que creemos ver dualidad donde hay solo unidad sin tiempo ni espacio que pueda ser recorrido.

En otro sermón, el maestro Eckhart recalca la importancia de la atención constante que se ha de tener para no caer en el error de verse como un ser diferente y separado de los demás dado que *todos somos un ser*. La dualidad implica verse distinto, es decir, creerse un individuo autónomo que tiene el ser por sí mismo y vive de compararse con otros para alimentar las diferencias. Con esa arrogante actitud no hacemos más que perjudicarnos; "si queréis ser un solo hijo, separaos de cualquier «no», porque el «no» produce diferenciación. ¿Cómo? ¡Fijaos! Por el hecho de que no seas aquel hombre, el «no» produce una diferenciación entre tú y aquel hombre. Y por consiguiente: si queréis carecer de diferenciación, libraos del «no». Porque en el alma hay una potencia separada del «no», ya que no tiene nada en común con cosa alguna; porque en esta potencia no hay nada fuera de Dios solo" (*Serm. Haec est vita aeterna*). O dicho con otro ejemplo, no somos el ojo que ve sino la visión, o mejor aún, somos aquello que comprende o trasciende al sujeto que ve, a los objetos vistos y al mero acto de ver, es decir, visión pura, luz... ;

El hombre puede "encontrar" a Dios porque en aquel existe un «algo» divino e in-creado capaz de tocar-Le directamente. En esto consiste la nobleza del hombre. Para ello, el hombre ha de vaciarse de sí mismo, recoger sus sentidos externos e internos y entregarse a la Gracia de Dios; «el Señor se descubre en nuestro fondo más íntimo, siempre y cuando Él nos encuentre en casa y el alma no haya salido de paseo con los cinco sentidos» (*Trat.*

Del Hombre Noble). Entonces, la Gracia llevará al alma de retorno a Dios mediante un no-hacer porque «La Gracia no obra; su devenir es su obra. Fluye desde el ser divino y fluye en el ser del alma, mas no en las potencias».

El abandono o desapego

¿Cuáles son las condiciones para que tenga lugar ese momento tan singular al que el maestro alemán define indistintamente como "iluminación", "unión con Dios" "nacimiento eterno", "plenitud del tiempo", "beatitud", etc.? Eckhart confiesa que "he investigado con seriedad y perfecto empeño cuál es la virtud suprema y óptima por la cual el hombre es capaz de vincularse y acercarse lo más posible a Dios, y debido a la cual el hombre puede llegar a ser por gracia lo que es Dios por naturaleza, y mediante la cual el hombre se halla totalmente de acuerdo con la imagen que él era en Dios y en la que no había diferencia entre él y Dios, antes de que Dios creara las criaturas. Y cuando penetro así a fondo en todos los escritos, según mi entendimiento puede hacerlo y es capaz de conocer, y no encuentro sino que el puro desasimiento supera a todas las cosas, pues todas las virtudes implican alguna atención a las criaturas, en tanto que el desasimiento (*Abegescheidenheit*) se halla libre de todas las criaturas" (*Trat. del Desasimiento*).

Con la expresión *Abegescheidenheit*, acuñada por el propio Eckhart y posteriormente utilizada por su Escuela, se pretende no solo reflejar la condición indigente del espíritu que se despoja de todo lo creado, sino que indica también el proceso de conocimiento místico por excelencia; el conocimiento sin objeto, el no-saber o, lo que poco más de un siglo después, Nicolás de Cusa llamaría *docta ignorantia*. Es una experiencia de extrañamiento por la que el yo es privado de alimento (objetos) para que muera de inanición y no estorbe el anonadamiento del alma. Mediante el desprendimiento o desasimiento (*Abegescheidenheit*), el hombre debe renunciar por completo a sí mismo, y no aspirar a nada, ni siquiera al reino celestial. Eckhart invoca a San Pablo para afirmar que es preciso incluso no desear ni siquiera a Dios. "Por consiguiente le ruego a Dios que me prive de Dios", porque en el alma que se ha vaciado absolutamente de todo, Dios penetra necesariamente (recuérdese la distinción eckhartiana entre Dios y la Divinidad).

En el lenguaje místico en general y en el eckartiano en particular, la nada a la que conduce el desasimiento tiene al menos tres acepciones que conviene aclarar; en primer lugar hay una nada *ascética* en cuanto que el alma ha de vaciarse o desasirse totalmente de sus potencias y de sí misma para llegar a Dios. En segundo lugar, hay una nada *cosmológica* en cuanto que la creación es nada si se la compara con Dios y porque viene de la nada. Y finalmente, hay una nada *ontológica o metafísica* que se refiere a la unidad del Ser; la Identidad consigo misma, que equivale a la plenitud más allá del tiempo, el espacio y de toda cualidad.

En diversas ocasiones se refiere Eckhart a esa primera acepción. Por ejemplo, cuando comenta la experiencia extática que descabalgó a San Pablo del caballo (Hch 9, 3-8) y vio una luz cegadora en la que «nada veía»; "se levantó Saulo del suelo, y abiertos los ojos, nada veía. San Agustín dice: cuando San Pablo no veía nada, veía a Dios. Ahora invierto esta palabra y es mejor así: cuando veía la nada, veía a Dios... porque cuando el alma llega a lo uno y allí entra en un rechazo puro de sí misma, encuentra a Dios como en una nada"

(*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*). Es decir, cuando renunciaba y se vaciaba de sí mismo, cuando veía la nada de su "yo", solo entonces pudo ver a Dios. Respecto a la segunda acepción, el místico alemán explica que "todas las cosas fueron creadas de la nada; por eso su verdadero origen es la nada, y en cuanto esta noble voluntad se inclina hacia las criaturas, en tanto se derrama con ellas en su nada... todas las criaturas ensucian ya que son una nada; pues la nada es una carencia y ensucia al alma. Todas las criaturas son pura nada; ni los ángeles ni las criaturas son algo. Agarran todo en todo y lo ensucian porque están hechos de la nada; son y fueron nada. Lo que les repugna a todas las criaturas y les produce disgusto, es la nada" (*Serm. In hoc apparuit charitas dei in nobis quoniam*). Finalmente, hay una nada que es plenitud; "hemos de ser uno solo en nosotros mismos, y estar apartados de todo, y, siempre inmóviles, debemos ser uno con Dios. Fuera de Dios no existe sino la sola nada. Por eso es imposible que en Dios pueda acaecer de algún modo un cambio o una transformación. Aquello que busca otro lugar fuera de sí, cambia. Mas Dios contiene en sí todas las cosas en plenitud; por eso, no busca nada fuera de sí mismo, sino sólo en la plenitud, tal como todo es en Dios. Cómo Dios lo lleva en sí, esto no lo puede comprender ninguna criatura" (*Serm. Unus us et pater omnium*).

Eckhart nos descubre que el modelo o la clave para explicar la conversión espiritual del hombre se encuentra en el pasaje de Éx 3,14; "Yo soy el que Soy" (*Ego sum qui sum*), sin modos o atributos. Si el ser de Dios está más allá de los atributos, igualmente el hombre que desea realizar el ser deberá abandonar los modos o atributos personales por ser accesorios y evanescentes dado que nada exterior al Ser tiene la menor entidad. Tal desprendimiento, simpleza o pobreza espiritual es la única que puede provocar que el «El templo esté vacío... como cuando todavía no era». De ahí que ese vaciamiento interior equivalga a un regreso al estado virginal anterior a la creación y al ser nacido; "el alma no puede volverse pura si no es empujada otra vez a su pureza primigenia, tal como Dios la creó" (*Serm. Vidi civitatem sanctam Ierusalem*). Para regresar a ese estado de pureza, es decir, para ser «un único hijo del Padre» los rasgos individuales deben desaparecer, ya que «el hombre individual es un accidente dentro de la naturaleza humana» (*Trat. Del Hombre Noble*). La renuncia a todo lo exterior se justifica en que todo lo creado carece de valor esencial; «Todas las criaturas son pura nada». Al hombre desapegado, al hombre celeste, nadie lo puede estorbar porque no ambiciona ni busca nada fuera de Dios. Y como la multiplicidad no puede distraerle de nada, es uno solo en lo Uno, donde toda multiplicidad se disuelve en la unidad; "Pues has renunciado a ti mismo y has salido de tus potencias y de su actividad y de la propiedad personal de tu esencia; por esto es absolutamente preciso que Dios entre en tu esencia y en tus potencias: porque te has despojado de todo lo que te es propio, has desertado de ello como está escrito: —La voz clama en el desierto—. Deja a esta voz eterna gritar en ti como le plazca y se un desierto de ti mismo y de todas las cosas" (*Tratado Del Nacimiento Eterno*).

El desapego a la voluntad propia

Afirma San Agustín que «Un servidor leal es aquel que no busca en todas sus obras nada más que la Gloria de Dios» (Confess. X c. 26 n. 37). Pero ¿cómo se obra a la Gloria de Dios?

En algunas oraciones como el Padrenuestro exclamamos: «¡Señor, hágase tu voluntad!». Sin embargo, cuando su voluntad no nos satisface nos enojamos y buscamos argumentos para justificar nuestra terquedad; "a veces pensáis y decís: «Ay, si las cosas hubieran sucedido de otro modo, sería mejor», o: «Si esto no hubiera sucedido así, acaso habría resultado mejor». Mientras tengas esas ideas, nunca obtendrás la paz. Tú debes aceptar lo que suceda como lo mejor de todo" (*Serm. Omne datum optimum*). Paradójicamente, la recta intención es la que se realiza sin intención. En una de sus prédicas, Eckhart incluso enseña a sus oyentes que sería mejor decirle a Dios; «Hágase tuya la voluntad» en vez de «Hágase tu voluntad», porque así la voluntad humana se anonada por completo. Citando sus palabras; "el Padrenuestro reza: «¡Hágase tu voluntad!» (Mateo 6,10). Mas sería mejor: «¡Hágase tuya la voluntad!»; para que mi voluntad llegue a ser su voluntad, que yo llegue a ser Él" (*Serm. Praedica verbum*). Es decir, *yo llego a ser Él* cuando se renuncia a la idea de que hay un "yo" con voluntad autónoma que es autor de obras. No se trata, por tanto, de la vanidosa creencia de que se hacen obras en nombre de Dios en el sentido de considerarse un instrumento en sus manos. No se trata de que "yo haga" en nombre de Dios, porque ello implica la idea de que hay un "yo" autor de las obras distinto de Dios, sino de que sea Dios quien *haga* (en su inefable inmovilidad metafísica), es decir, aceptar o comprender que no hay nada fuera de Dios. Para Eckhart "Así debe ser un hombre bueno, de manera que no busque lo suyo en todas sus obras sino únicamente la honra de Dios. En tanto que tú con todas tus obras tiendes de alguna manera más hacia ti o más hacia una persona que hacia otra, la voluntad de Dios aún no ha llegado a ser verdaderamente tu voluntad. Nuestro Señor dice en el Evangelio: «Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado» (Juan 7, 16). Un hombre bueno debe proceder de la misma manera pensando: «Mi obra no es mía, mi vida no es mía»" (*Serm. Moyses orabat*). En definitiva, ¿soy yo realmente el autor de mis obras? ¿Puedo yo arrogarme la autoría de los resultados de mis obras? ¿Hasta qué punto puedo decir que son "mías" mis obras?: Eckhart trae a colación dos versículos neotestamentarios para entrar en este espinoso asunto; «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5) y cualquier obra que yo haga, «si no tengo amor, no soy nada» (1 Cor. 13, 1).

Pero Eckhart da un paso más en su explicación del ideal del desasimiento llegando a afirmar que el auténtico desasimiento implica desapegarse del mismo deseo de desasimiento. La verdadera liberación consiste en liberarse de la idea de que hay un "yo" que busca la liberación; supone renunciar a la idea de que hay un "yo" que renuncia. No se trata solo de renunciar a la voluntad propia sino incluso de renunciar a la idea de que hay un "yo" que desea cumplir la voluntad de Dios. Para Eckhart es claro que "Mientras el hombre todavía posee la voluntad de querer cumplir la queridísima voluntad de Dios, semejante hombre no tiene la pobreza adecuada, pues todavía tiene una voluntad con la que quiere satisfacer la voluntad de Dios, y esto no es pobreza genuina. Pues, si el hombre de veras ha de poseer la pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser. Porque os digo por la eterna verdad: Mientras tenéis la voluntad de cumplir la voluntad de Dios y deseáis llegar a la eternidad y a Dios, no sois pobres; pues un hombre pobre es sólo aquel que no quiere nada ni apetece nada" (*Serm. Beati pauperes spiritu*).

En diversos sermones, el maestro Eckhart amplía uno de los signos del verdadero desprendimiento; la pobreza interior. La auténtica pobreza implica la renuncia al propio "yo", es decir, a la voluntad propia, incluida la apropiación de las consecuencias de los actos. Según el maestro, hay dos clases de pobreza: la pobreza exterior y la pobreza

interior. A ésta última se refiere Jesucristo cuando dice: «Bienaventurados son los pobres en espíritu» (Mateo 5, 3). Para Eckhart, es la pobreza del que "no quiere nada", lo cual implica el no hacer las obras en busca de un resultado aunque éste sea espiritual porque, en ese caso, es el "yo", el "ego" quien está detrás calculando si tales penitencias serán suficiente para la salvación del alma. Sin embargo hay "algunas personas que se empecinan en conservar su propio yo en sus penitencias y ejercicios exteriores... A esos hombres se los llama santos a causa de las apariencias, pero en su fuero íntimo son asnos porque no captan el carácter simbólico de la verdad divina" (*Serm. Beati pauperes spiritu*). La renuncia a la voluntad propia significa que solo se quiere y se obra aquello que place a Dios y no al "ego", "pues es ésta la pobreza en espíritu: que el hombre se mantenga tan libre de Dios y de todas sus obras que Dios, si quiere obrar en el alma, sea Él mismo el lugar en el cual quiere obrar..." (*Serm. Beati pauperes spiritu*). La filosofía del desapego implica que, cuando uno acepta que no existe un sujeto protagonista de la acción, el alma pierde el interés por los objetos externos y se facilita la *con-versión* de la atención en 180%, es decir, la vuelta de la atención sobre sí mismo.

¿Cuál es la adecuada actitud ante el mundo de las obras? O más propiamente, ¿qué es la recta acción? Para el maestro alemán; "El justo no intenta conseguir nada con sus obras; pues, quienes intentan conseguir algo con sus obras o también aquellos que obran a causa de un porqué, son siervos y mercenarios. Por eso, si quieres ser in-formado en la justicia y transformado en su imagen, no pretendas nada con tus obras y no te construyas ningún porqué, ni en el siglo ni en la eternidad ni con miras a una recompensa o a la bienaventuranza o a esto o a aquello; porque semejantes obras de veras están todas muertas... Por eso, si quieres vivir y aspiras a que vivan tus obras, debes estar muerto y aniquilado para todas las cosas. Es propio de la criatura hacer algo de algo; mas, es propio de Dios hacer algo de nada. Por eso, si Dios ha de hacer algo en tu interior o contigo, debes haberte aniquilado antes. Y por ende, entra en tu propio fondo (*grund*) y obra ahí; y las obras que haces ahí, serán todas vivas" (*Serm. iustus in perpetuum vivet*).

En diversas ocasiones recurre Eckhart al lema de «Vivir sin porqué», vivir sin intención o finalidad alguna. La única intención buena es la ausencia de intención, lo cual solo puede producirse dentro del fondo del alma; "Desde este fondo más entrañable has de obrar todas tus obras sin porqué alguno. De cierto digo: Mientras hagas tus obras por el reino de los cielos o por Dios o por tu eterna bienaventuranza, es decir, desde fuera, realmente andarás mal" (*Serm. In hoc apparuit caritas dei in nobis*). "Por eso, dales la espalda a todas las cosas y tómate puro en el ser; porque cuanto está fuera del ser, es «accidente» y todos los accidentes producen un porqué" (*Serm. iustus in perpetuum vivet*). Ciertamente, el primer *porqué* pudo ser el acicate para iniciar nuestra búsqueda, pero al final de la búsqueda nos encontramos con que la respuesta es *sine quare*, sin *porqué*: "El fin es universalmente aquello mismo que es el principio. No tiene *porqué*, ya que él es el principio de todo y para todas las cosas". Trascendido el pensamiento, ya no hay "razón" de la razón. Alcanzada la *unión mística* y superada la distinción sujeto-objeto ¿quién hay para preguntar nada?, ¿quién hay para sentirse *hacedor* de algo?

El desapego de la acción comprende tanto la renuncia a considerarse el autor, como a apropiarse de las consecuencias de tal acción. Supone la aceptación de que la voluntad no interviene en ese proceso porque no hay más voluntad que la de Dios. El argumento con el

que Eckhart justifica la necesidad del desapego o renuncia a tener voluntad propia es, ciertamente, contundente; *Dios no se entrega a una voluntad ajena*. "El hombre debe aprender a sacar de su interior su sí mismo y a no retener nada propio y a no buscar nada, ni provecho ni placer ni ternura ni dulzura ni recompensa ni el paraíso ni la propia voluntad. Dios nunca se entregó, ni se entregará jamás, a una voluntad ajena" (Col. 2 I). En otro caso, "si buscas algo distinto a Dios, la obra que realizas no es tuya ni es, por cierto, de Dios" (*Serm. Impletum est tempus Elizabeth*). Y si hay algún propósito, éste ha de ser, en todo caso la *unión mística*. Hay otro argumento igualmente clarificador: Si renuncias a tu voluntad para ponerte en manos de Dios, entonces Dios quiere por ti y a través de ti; "Si quieres que Dios te pertenezca de tal manera, hazte propiedad de Él y no retengas en tu intención nada fuera de Él; entonces Él será el comienzo y el fin de todas tus obras así como su divinidad consiste en que es Dios. El hombre que de tal modo no pretende ni ama en sus obras nada que no sea Dios, Dios le da su divinidad" (*Serm. Surge illuminare iherusalem*). Y en otra parte abunda en la misma idea; "Allí donde el hombre, en obediencia, sale de su yo y se deshace de lo suyo, justamente allí Dios, a su vez, debe entrar por fuerza; pues cuando alguien no quiere nada para sí, Dios tiene que querer en su lugar, de la misma manera que para Él mismo... Así sucede con todas las cosas: donde yo no quiero nada para mí, Dios quiere en mi lugar" (Col. I).

En rigor, lo que Eckhart plantea es un modo de disciplinar la arrogancia del "ego" haciéndole ver que no es autor de nada y que carece de capacidad de decisión. No se trata, por tanto de una aniquilación de la voluntad sino de un cambio total de perspectiva. El "yo" ha de ceder mansamente el control. El hombre exterior ha de entregar su voluntad al hombre interior. Solo así, el hombre se desprende o libera de la servidumbre del cuerpo, los condicionamientos del tiempo y de la ilusión de verse separado de Dios; "La voluntad es íntegra y recta cuando carece de ataduras al yo y ha salido de sí misma y se ha hecho imagen y forma dentro de la voluntad divina. Cuanto más suceda esto, tanto más recta y verdadera es la voluntad" (Coll. 10). Ciertamente, desde el punto de vista metafísico, al renunciar a la *voluntad propia* y a las *obras* no se renuncia a nada, dado que éstas son estériles ante Dios, pero ese es el camino hacia el vaciamiento del "ego"; "No hay cosa alguna para hacernos hombres verdaderos que el renunciamiento a nuestra voluntad. De veras, sin renunciar a nuestra voluntad en todas las cosas, no obramos absolutamente nada ante Dios. Pero, si llegáramos a desprendemos íntegramente de nuestra voluntad y nos animáramos a renunciar a todas las cosas, exterior e interiormente, por amor de Dios, entonces habríamos hecho todo y antes no" (Coll. 11). Y en efecto, sólo el amor entendido como anhelo de Dios, puede dirigir al hombre a sacrificar su propia voluntad y a aceptar la voluntad de Dios.

En definitiva, la verdadera contribución a la Gloria de Dios no consiste en un hacer, sino en Ser. Como diría Eckhart; "La gente nunca debería pensar tanto en lo que tiene que hacer; tendrían que meditar más bien sobre lo que son. Pues bien, si la gente y sus modos fueran buenos, sus obras podrían resplandecer mucho. Si tú eres justo, también tus obras son justas. Que no se pretenda fundamentar la santidad en el actuar; la santidad se debe fundamentar en el ser" (Coll. 4).

Fuentes: TRATADOS ESPIRITUALES DEL MAESTRO ECKHART (*Sanz y Torres, 2008*)
Javier Alvarado. HISTORIA DE LOS MÉTODOS DE MEDITACIÓN NO-DUAL (*Sanz y Torres, 2012*)



[Libros](#) | [Extractos](#) | [Recomendados](#)

© NODUALIDAD.INFO

Web page design and custom graphics © 2018 troman.com

La no-dualidad en el pensamiento del Maestro Eckhart

Una Introducción — parte 3 de 3



Refectorio en Predigerkirche, Erfurt (Alemania)

Vaciar el templo de pensamientos

Guiado por su propia experiencia mística, Eckhart propugna la suspensión de los sentidos y del pensamiento, es decir, el desprendimiento del conocimiento ordinario, como medio de trascender la individualidad. Explica que; "El alma tiene dos ojos, uno interior y otro exterior. El ojo interior del alma es aquel que mira adentro del ser y recibe su ser de Dios en forma completamente inmediata" (*Serm. In diebus suis placuit deo*). El predominio de una de esas dos formas de visión produce dos clases de hombres; el hombre interior, cuyo anhelo de Dios le mueve a la contemplación mediante el recogimiento o suspensión de las potencias del alma, y el hombre exterior que vive identificado con los objetos del pensamiento; "Ahora bien, hay algunas personas que gastan las potencias del alma completamente en provecho del hombre exterior. Ésta es la gente que dirige todos sus sentidos y entendimiento hacia los bienes perecederos; no saben nada del hombre interior" (*Trat. Del Desasimiento*).

En la práctica contemplativa, el vaciamiento de sí mismo equivale al silencio de la mente, a la ausencia de pensamiento, (*gedenken*); "debes desembarazarte de todas tus actividades y reducir al silencio a todas tus potencias, si verdaderamente quieres realizar en ti este nacimiento; ¡si quieres encontrar al rey que acaba de nacer debes pasar delante de todo lo que puedas encontrar por ahí y dejarlo atrás" (*Trat. Del Nacimiento Eterno*).

Todo lo que provenga de los sentidos, todo lo que pueda ser aprehendido o experimentado, no puede formar parte de nuestra naturaleza real porque implica que hay un sujeto que adquiere algo que antes no poseía. Y como el fondo del Alma es autosuficiente, pura esencia y unidad, todo lo que el "yo" adquiriera, incluido el conocimiento, constituye algo sobrepuesto y epidérmico al alma, a modo de cáscara accesoria. En consecuencia, la verdadera paz no puede venir de algo tan mudable como el conocimiento porque "Cuando tengo sabiduría, no la soy yo mismo. Puedo obtener sabiduría y también puedo perderla. Pero cualquier cosa que se halla en Dios, es Dios; y no se le puede escapar" (*Serm. Nunc scio vere*). "Si alguien ve alguna cosa, o si algo penetra en tu conocimiento, eso no es Dios, justamente, porque no es ni esto ni lo otro. A quien diga que Dios está aquí o allí, no le creáis. La luz, que es Dios, brilla en las tinieblas... Dios es una luz verdadera; quien quiera verla debe ser ciego" (*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*). Por ello, el conocimiento desde las potencias externas (los sentidos y el entendimiento) es imperfecto porque, al basarse en la dualidad sujeto-objeto, impide conocer la esencia y fondo de las cosas. Por el contrario, el conocimiento en Dios o como Dios permite descubrir la esencia unitaria de todo porque el sujeto es simultáneamente el propio objeto de atención o, dicho en otros términos, es un conocimiento sin objeto, puro y directo que trasciende la aparente pluralidad de los objetos al contemplarlos en su unidad esencial; "cuando alguien conoce alguna cosa de los objetos exteriores, algo interviene en él, por lo menos una impresión. Cuando quiero obtener la imagen de una cosa, por ejemplo de una piedra, entonces atraigo de ella en mi interior lo más tosco; lo extraigo de ella hacia fuera. Pero cuando sucede en el fondo de mi alma, allí la imagen se halla en lo más alto y noble; no es nada sino una imagen espiritual. En las cosas que mi alma conoce del exterior, algo extraño penetra en ella; pero lo que conozco de las criaturas en Dios, allí no entra nada en el alma sino sólo Dios, pues en Dios no hay nada sino Dios. Si conozco a todas las criaturas en Dios, las conozco en tanto que nada" (*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*). La invocación de Juan 17,1 "En esto consiste la vida eterna; en que conozcan a ti solo, como Dios uno y verdadero" le da pie para afirmar la inutilidad de todo conocimiento en el que Dios no sea sujeto-objeto; "Si yo conociera todas las cosas y no a Dios, no habría conocido nada. Mas, si conociera a Dios y no conociese ninguna otra cosa, habría conocido todas las cosas. Cuanto más insistente y profundamente se conoce a Dios como «uno», tanto más se conoce la raíz de la cual han germinado todas las cosas. Cuanto más se conoce como «uno» la raíz y el núcleo y el fondo de la divinidad, tanto más se conocen todas las cosas. Por eso dice: «Para que te conozcan Dios uno y verdadero». No dice ni Dios «sabio» ni Dios «justo» ni Dios «poderoso» sino únicamente «Dios uno y verdadero» y quiere decir que el alma debe apartar y mondar todo cuanto se agrega a Dios en el pensamiento o en el conocimiento, y que se lo tome desnudo tal como es un ser acendrado: así es Dios verdadero" (*Serm. Nuestro Señor levantó*).

Pero ¿existe entonces alguna forma de *conocimiento* que no defraude nunca? El hombre ha de comprender que a Dios no se le puede conocer a través de los sentidos. La paz, la felicidad de la visión de la faz de Dios no es experimentable a través de las potencias del entendimiento. Erróneamente, el hombre cree que puede realizarse a través de los sentidos y el pensamiento y se vuelca en una alocada carrera por acumular experiencias, deseos, posesiones. Cree que cuantas más cosas tenga, más realizado estará. Pero como, por su propia naturaleza, los objetos del pensamiento vienen y van continuamente, el placer que ellos le procuran también es intermitente. La propia felicidad es un estado o sentimiento

que solo cobra sentido en relación a otro estado de no felicidad (sufrimiento, desasosiego...). Se experimenta la felicidad cuando se accede a ella desde un estado de no felicidad. Por eso nadie es feliz *siempre* porque entonces no podría existir un sentimiento o sensación con la cual compararla. La angustia y frustración que provoca esa transitoriedad de la felicidad, o de cualquier estado, empuja al hombre a buscar la estabilidad en el mundo espiritual; "Dijo Nuestro Señor: «Sólo estando dentro de mí, tenéis paz» (Cfr. Juan 16, 33). Exactamente en la medida en que uno está dentro de Dios, uno se halla en paz. Aquella parte de nosotros que se halla en Dios, tiene paz; la otra parte que está fuera de Dios, tiene desasosiego. Dice San Juan: «Todo cuanto ha nacido de Dios, vence al mundo» (1 Juan 5, 4)" (*Serm. Populi eius qui in te est, misereberis*).

Quien se empeña en llegar a Dios por medio de la razón humana no hará más que construir un Dios pensado. Y el mundo del pensamiento es el reino vano de los objetos y de la dualidad. En rigor, no hay objetos sino conceptos creados por la mente. La "felicidad", la "paz", el "Alma", "Dios", etc. son meras conceptualizaciones que la mente crea o imagina y que clasifica en los miles de archivos o cajoncitos de su memoria. Desde el momento en que los convertimos en "objetos" de pensamiento, los convertimos en algo externo y ajeno a nosotros. Por eso el pensamiento es una forma imperfecta y alienadora (es decir, nos convierte en "otro") de conocimiento porque ve dualidad donde solo hay unidad.

En efecto, "Dios" es también otro pensamiento generado por la mente para alimentar la dualidad de un sujeto (yo) que reza y obtiene premios de un objeto (Dios). El problema de pensar o recordar a Dios es que nos mantenemos en la dualidad y separación de Dios. Mientras pensamos en Dios, lo alejamos de nosotros porque lo vemos como algo distinto y distante. Así, nunca se puede culminar el camino espiritual; "El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él, pues cuando se desvanece el pensamiento, también se desvanece ese Dios. Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas" (Coll. 6). Llega aquí el maestro a una conclusión fundamental; el hombre que aspira a unirse a Dios debe trascender el nivel de los pensamientos por muy nobles y positivos que sean. También las imágenes, pues no son más que pensamientos de carácter visual; "Ahora podríais decir: «¡En el alma no hay sin embargo, por naturaleza, más que imágenes! » ¡No, no es así! Si así fuera, el alma no sería nunca dichosa... Una imagen no se tiene a sí misma como propósito, no se propone a sí misma: siempre te conducirá y te enviará hacia eso de lo que es imagen. Y como sólo se tienen imágenes de lo que está fuera y es percibido por los sentidos, es decir de las criaturas y que además ella te envía siempre hacia eso de lo que es imagen, sería imposible que nunca pudieras llegar a ser feliz por no importa qué imagen" (*Trat. Del Nacimiento Eterno*).

Por tanto, también "alma" es otro concepto instrumental que debe ser transcendido porque, al no ser de naturaleza mental, no puede ser pensado ni conceptualizado. El mero hecho de tratar de convertirlo en un pensamiento, o sea, un objeto o concepto, nos impide comprenderlo. Por eso, al comentar el versículo de San Juan 12, 25; «Quien odia a su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna», Eckhart aclara que "La palabra que nombra el alma, se refiere al alma en cuanto se halla en la cárcel del cuerpo, y por ello opina San Juan que el alma, al ser capaz de convertir aún en objeto de su pensamiento aquello que ella es en sí misma, se halla todavía en su cárcel. Allí donde presta aún atención a esas

cosas bajas y donde recoge algo en su interior por intermedio de los sentidos, allí se estrecha en seguida; pues las palabras no son capaces de dar ningún nombre a naturaleza alguna que se encuentre por encima de ellas" (*Serm. Qui odit animam suam*). Por tanto, la cárcel del alma no la constituyen sólo el cuerpo (y el tiempo) sino también la misma alma mientras se exprese a través del pensamiento conceptual.

El pasaje bíblico de la expulsión de los mercaderes del Templo le da pie a Eckhart para hilar uno de sus mejores sermones. Identifica el Templo al hombre, y los comerciantes y las mercancías con todos los obstáculos que hemos de remover para vaciarnos y desasirnos. "Leemos en el santo Evangelio (Mateo 21, 12) que Nuestro Señor entró en el templo y echó fuera a quienes compraban y vendían, y a los otros que ofrecían en venta palomas y otras cosas por el estilo, les dijo: «¡Quitad esto de aquí, sacadlo!» (Juan 2, 16). Dios quiere tener vacío este templo de modo que no haya nada adentro fuera de Él mismo. Es así porque este templo le gusta tanto ya que se le asemeja de veras, y Él mismo está muy a gusto en este templo siempre y cuando se encuentre ahí a solas" (*Serm. Intravit Iesus in templum*). ¿Por qué es necesario vaciar el templo? "Pues luz y oscuridad no pueden existir juntos, no más que Dios y la criatura: Si Dios debe entrar, es preciso que el creado salga" (*Tratado Del Nacimiento Eterno*).

Para que acontezca la iluminación hay que identificar y expulsar a los mercaderes. Estos son quienes se acercan a Dios en busca de premios y compensaciones por sus obras. "Mercaderes son todos aquellos que se cuidan de no cometer pecados graves y les gustaría ser buenos y, para la gloria de Dios, ellos hacen sus obras buenas... mas las hacen para que Nuestro Señor les dé algo en recompensa o para que Dios les haga algo que les gusta: todos éstos son mercaderes... Pues, todo cuanto poseen y todo cuanto son capaces de obrar, si lo dieran todo por amor de Dios y obrasen por completo por Él, Dios en absoluto estaría obligado a darles ni a hacerles nada en recompensa, a no ser e quiera hacerlo gratuita y voluntariamente. Porque lo que son, lo son gracias a Dios, y lo que tienen, lo tienen de Dios y no de sí mismos. Por lo tanto, Dios no les debe nada, ni por sus obras ni por sus dádivas, a no ser que quisiera hacerlo voluntariamente como merced y no a causa de sus obras ni de sus dádivas, porque no dan nada de lo suyo y tampoco obran por sí mismos, según dice Cristo mismo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5). Esos que quieren regatear así con nuestro Señor, son individuos muy tontos; conocen poco o nada de la verdad. Si quieres librarte del todo del mercantilismo para que Dios te permita permanecer en ese templo, debes hacer con pureza y para gloria de Dios todo cuanto eres capaz de hacer en todas tus obras, y debes mantenerte tan libre de todo ello como es libre la nada que no se halla ni acá ni allá" (*Serm. Intravit Iesus in templum*).

Dos precisiones eckhartianas: Ciertamente, la senda espiritual tiene sus resultados, pero la adecuada actitud de renuncia a sí mismo supone acercarse a Dios sin mercadeos interesados y sin ánimo de beneficio aunque éste se obtenga. "¡Cuanto más desapegado te mantengas más luz interior te corresponderá, más verdad y penetración!" (*Tratado Del Nacimiento Eterno*), pues ya dice Jesús que «Todo el que dejare algo por amor a mí, se lo devolveré dándole cien veces más y la vida eterna por añadidura» (Mateo 19, 29). Por otra parte, los objetos del mundo creado, en sí mismos, no son malos, pero sí el apego a ellos. No es malo el dinero, sino el apego al dinero. Es nuestra intención proyectada en la cosa la que nos ata a ella.

En definitiva; para "estar vacío de sí mismo" y dejar paso a Dios "el hombre debe retirarse y vaciarse (*ledic machen*) de todo pensamiento, palabra y obra, y de todas las imágenes del intelecto". En la medida en que recogemos nuestras potencias y nos vaciamos de nosotros mismos, cedemos el control a Dios y le damos espacio para que entre en nuestro Templo interior y derrame su Gracia: "¡En verdad! cuando el hombre se aquieta completamente y reduce al silencio a la razón activa que lleva dentro de sí, Dios ha de encargarse de la obra, él mismo debe ser el que actúa" (*Tratado Del Nacimiento Eterno*). En efecto, *al vaciarme de pensamientos, lo que aparece yo no lo pongo*. Entonces ¿de dónde viene?; "Aquél que, sin multiplicar los pensamientos, sin multiplicar los objetos y las imágenes, reconoce interiormente lo que ninguna visión exterior ha puesto en él, sabe bien que esto es cierto" (*Trat. Del Consuelo Divino*). "Ahora digo yo: ¿Cómo puede ser que el desasimiento del conocimiento conoce en sí mismo todas las cosas sin forma e imagen, sin que se dirija hacia fuera y se transforme él mismo? Digo que proviene de su simplicidad, porque el hombre, cuanto más puramente simplificado se halla en sí mismo, con tanta más simplicidad conoce toda la multiplicidad en él mismo y se mantiene inmutable en sí mismo" (*Serm. Homo quidam nobilis*).

Llegamos aquí a uno de los puntos culminantes del pensamiento del maestro alemán; el *nacimiento eterno*, es decir, la iluminación o realización espiritual. Dicho *nacimiento a la eternidad* es una Gracia que solo Dios concede; "Es una merced especial y un gran don el que uno vuele hacia arriba con el ala del conocimiento y eleve el entendimiento al encuentro de Dios" (*Serm. Jesús ordenó a sus discípulos*). La conquista de la inmortalidad solo puede tener lugar en lo más íntimo del templo. Ese lugar en el fondo del alma es, paradójicamente un no-lugar más allá del tiempo, en la eternidad previa o más allá de la creación: «Aquí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo es el fondo de Dios», «Mi casa y la casa de Dios es el mismo ser del alma, en la que sólo habita Dios». Para que este nacimiento eterno o despertar acontezca, es preciso que el templo se halle exento y vacío. Solo tras ese vaciamiento o desprendimiento de sí mismo, se digna Dios a entrar en él y comunicarnos la Palabra.

Para que Dios hable debe haber silencio absoluto. El Templo debe estar vacío de pensamientos; "Mirad, debéis tenerlo por cierto: si alguna otra persona, fuera de Jesús solo, quiere hablar en el templo, o sea, en el alma, Jesús se calla como si no estuviera en casa y tampoco está en su casa en el alma porque ella tiene visitas extrañas con las que conversa. Pero si Jesús ha de hablar en el alma, ella tiene que estar a solas y se debe callar ella misma si es que ha de escuchar a Jesús. Entonces entra Él y comienza a hablar" (*Serm. Intravit Iesus in templum*). En suma, Dios no necesita de pensamientos ni de imágenes para comunicarse con el Alma. Por tanto, todo pensamiento, ya sea bajo la forma de imagen, deseo o recuerdo, es un obstáculo que se interpone entre Dios y el Alma; "Dios actúa sin intermediario y sin imagen. Cuanto más libre de imágenes estás, más preparado estás para recibir su acción y cuanto más vuelto hacia el interior y más olvidadizo, más cerca estás de El. A propósito de esto, Dionisio exhortaba a su discípulo Timoteo diciéndole: ¡Querido hijo Timoteo, con el espíritu libre de preocupaciones debes elevarte por encima de ti mismo y por encima de las potencias de tu alma, por encima de toda forma y de toda esencia, en la silenciosa oscuridad escondida, para llegar a un conocimiento del Dios desconocido supradivino! Para esto es preciso un desapego de todas las cosas: a Dios le repugna actuar entre toda clase de imágenes" (*Tratado Del*

Nacimiento Eterno), En definitiva, "Si queremos conocer a Dios, tiene que ser sin mediación; no puede penetrar nada extraño" (*Ser. Surrexit autem Saulus de terra*). Además, "Dios espera de cualquier hombre espiritual que lo ame con todas las potencias del alma. Por esto dijo: Amarás a tu Dios de todo corazón" (Cfr. Marcos 12, 30; Lucas 10, 27) (*Trat. Del Desasimiento*).

En suma, para que la visión del rostro de Dios se produzca, la mente ha de estar en absoluto silencio. Ese silencio o vacío implica el desapego del mundo externo, incluidas las personas queridas, la familia, los amigos... incluido uno mismo; "dijo Cristo: «El que ama cualquier otra cosa además de mí, el que está apegado a padre, madre y muchas otras cosas, no es digno de mí. No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada, porque yo te separo de todas las cosas, porque aparto de ti hermano, hijo, madre, amigo, que son en realidad tus enemigos. ¡Pues lo que para ti es un consuelo es en realidad tu enemigo!" Si tu ojo quiere ver, tu oído oír todas las cosas, tu corazón tenerlas todas presentes en él: en verdad que tu alma ha de ser importunada y dispersada en todas esas cosas" (*Trat. Del Nacimiento Eterno*).

Las tinieblas que cubren el rostro de Dios

Como ya se ha indicado, el primer paso de la práctica contemplativa consiste en aprender a recoger todas las potencias del alma y estabilizar el silencio de la mente. Cuando ese vacío de pensamientos es estable y alcanza la adecuada intensidad, acontece un estado singular muy difícil de describir en el que se desconectan todos los sentidos y cesa cualquier identificación con el cuerpo y la mente. Este estado profundo en el que no queda rastro de nada más que una pura consciencia, es lo que Jacob describe como "lugar sobrecogedor" o los místicos definen como "nube del no-saber" y que preludia la visión de la Luz o faz de Dios. Para quien nunca lo ha experimentado, este estado de oscuridad absoluta solo puede ser descrito como una Nada esencial, una Nube del no-saber o una ignorancia u olvido de sí mismo. Son las tinieblas que cubre la faz de Dios...

Las «tinieblas» (*vinsternisse*) expresan el estado de autonegación y aniquilación del ego previo a la contemplación de la luz de la faz de Dios (Jn 1, 5 y 9). Ese proceso de purificación o de escalamiento a través de las gradas de la virtud, desde el punto de vista del yo humano, es visto como una negación de sí mismo, una «noche oscura de los sentidos y del espíritu» en cuyo itinerario el alma aparentemente no encuentra soporte en nada. Pero desde el punto de vista ontológico o metafísico, esa oscuridad es elocuente y plena porque revela la naturaleza del Ser, que es luz pura y Gracia. Para Eckhart, las tinieblas místicas, la nube del no-saber "es la oscuridad oculta de la eterna divinidad y es desconocida y no fue conocida nunca ni será conocida jamás. Allí Dios permanece desconocido en sí mismo y la luz del Padre eterno ha infiltrado sus rayos allí desde la eternidad, pero las tinieblas no comprenden la luz (Cfr. Juan 1, 5)" (*Serm. Ave, gratia plena*). "De la misma manera actúa la luz divina, que oculta todas las luces. Lo que buscamos en las criaturas es todo noche. Es lo que realmente opino: lo que buscamos en cualquier criatura es todo sombra y noche. Incluso la luz más sublime de los ángeles, por muy alta que sea, no afecta en nada al alma. Todo lo que no sea la primera luz es oscuridad y noche" (*Serm. Surrexit autem Saulus de terra*).

Eckhart demuestra conocer perfectamente cuál es el hecho místico descrito en el Antiguo Testamento relativo al éxtasis de Moisés tras atravesar la niebla que rodeaba el rostro de Dios; "«Moisés penetró en la niebla» y fue subiendo a la montaña; «allí encontró a Dios» y en las tinieblas halló la luz verdadera" (Cfr. Exodo 20, 21). Y allí murió Moisés para las cosas terrenales porque *nadie puede ver a Dios y seguir viviendo*. "Por eso dice San Pablo (1) : «Dios mora en una luz a la cual no hay acceso» (Cfr. 1 Timoteo 6,16), y que es, en sí misma, un puro Uno. Por eso el hombre debe estar mortificado y completamente muerto y no ser nada en sí mismo, enteramente despojado de toda igualdad y ya no ser igual a nadie, entonces es verdaderamente igual a Dios" (*Serm. Convalescens praecepit eis*). Hasta ese momento, se tiene nombre, historia personal, individualidad, ego. Pero tras atravesar las tinieblas, se comprende que la individualidad, los recuerdos del pasado y los proyectos de futuro, no son más que espejismos evanescentes, una mera apariencia porque se es uno en Dios; "San Pablo dice en Efesios 5,8: «Anteriormente erais tinieblas, pero ahora sois una luz en Dios». «Aliquando» significa anteriormente. Para quien sabe interpretar plenamente esta palabra, ella significa lo mismo que «en algún momento» y se refiere al tiempo que nos impide llegar a la luz, porque a Dios nada le repugna tanto como el tiempo; y no sólo el tiempo, se refiere también al apego al tiempo" (*Serm. Eratis enim aliquando tenebrae*).

Esa muerte psicológica y mental (es decir, en cuanto individuo separado) que implica atravesar las tinieblas, representa el total desapego de la pluralidad (el apego a las cosas circundantes), a la corporalidad (el apego a su cuerpo y su mente) y al tiempo (a sus recuerdos y a sus expectativas de hacer algo o ser alguien). En ese estado de olvido de sí mismo se pueden atravesar las tinieblas porque ni siquiera las tinieblas nos ven. El ser es idéntico a sí mismo, es la Identidad esencial; "Allí no hay devenir, sino que se trata de un «ahora», un devenir sin devenir, un ser nuevo sin renovación, y el devenir tiene su ser de Dios. En Dios hay una sutileza tal que ninguna renovación puede entrar. Igualmente, hay en el alma una sutileza tan acendrada y tan tierna que ahí tampoco puede entrar ninguna renovación; porque todo cuanto hay en Dios, es un «ahora» presente sin renovación" (*Serm. Eratis enim aliquando tenebrae*).

En ese momento atemporal y aespacial se produce el nacimiento eterno, la iluminación, el despertar a la inmortalidad. Cuando el templo del Alma se vacía de todo, incluida la luz de nuestras potencias, y se queda a oscuras, se llena de la Luz y Gracia de Dios; "Cuando este templo se libera así de todos los obstáculos, es decir, del apego al yo y de la ignorancia, entonces resplandece con tanta hermosura y brilla tan pura y claramente por sobre todo y a través de todo lo creado por Dios, que nadie puede igualársele con idéntico brillo a excepción del solo Dios increado" (*Serm. Intravit Iesus in templum*). Se cumple así lo anticipado por el Eclesiastés, 6-7; «Éste resplandece en el templo de Dios como una estrella matutina en medio de la niebla, y como una luna llena en sus días, y como un sol radiante».

¿Qué se experimenta cuando el Alma atraviesa la nube del no-saber y contempla la faz de Dios? Al igual que otros místicos, Eckhart se encuentra con las dificultades del lenguaje para expresar su experiencia extática. De entrada, es inexacto describirla como una "experiencia" porque Allí no existe la dualidad entre un sujeto que experimenta y un objeto que es experimentado; no hay un "yo" que pueda apropiarse de algo. Es al volver al mundo sensible y racionalizar esa "experiencia" cuando se le da forma de recuerdos. Pero lo cierto

es que, mientras se está Allí, no hay recuerdo. Y cuando se repara en que se está Allí, es decir, cuando aparece el sentido de identidad individual que pretende apropiarse de la experiencia, automáticamente se pierde ese estado. Hay consciencia, pero lo paradójico es que no hay consciencia de ser un individuo aislado, con nombre e historia personal, sino que hay una plena integración de todo en todo o, lo que es lo mismo, de nada en nada. Eckhart describe vívidamente el arrobamiento del Alma que accede al estado de consciencia supraindividual de esta manera; "¡Ahora pon atención! Qué maravilla estar fuera como dentro, comprender o ser comprendido, ver y al mismo tiempo ser visto, contener y ser contenido: ése es el final en el que el espíritu permanece en paz, en la unidad de la amada eternidad" (*Serm. Intravi Iesus in quoddam castellum*). Allí "Dios brilla en las tinieblas, donde el alma escapa a toda luz; en sus potencias recibe luz, dulzura y gracia, pero en el fondo del alma no puede penetrar más que el Dios puro" (*Serm. Videns Iesus turbas*). Ese fondo del alma es un lugar tan puro, sutil y homogéneo que no admite ni siquiera la luz ni las tinieblas porque está más allá de la dualidad. Incluso esa luz que es Dios pierde sus atributos; "hay una luz sobre las luces en donde el alma escapa a todas las luces «en las montañas de lo alto», en donde ya no hay más luz" (*Serm. Videns Iesus turbas*). Allí se produce el éxtasis o arrobamiento místico, que Eckhart denomina *nacimiento eterno* porque, aunque sea por unos instantes, más allá del tiempo ordinario, el hombre vislumbra su verdadera esencia inmortal y bebe de las aguas del río que mana en el Paraíso. Pero como muy bien explica Eckhart, ahora la cuestión es cómo estabilizar o permanecer en esa visión de Dios; "Ahora se plantea una cuestión sobre este nacimiento: ¿se produce sin interrupción o solamente aquí y allá cuando el hombre está listo para ello y pone todo su esfuerzo en olvidar todas las cosas y en no saber nada más?... Pero como la vista y la experiencia de Dios a la larga son insostenibles para el espíritu, sobre todo en este cuerpo, Dios se oculta al espíritu de vez en cuando. Es lo que quiere decir con la frase: "Durante un poco de tiempo me veréis y un poco después ya no me veréis más" (*Tratado Del Nacimiento Eterno*).

Por eso dice Jesucristo que antes de que Abraham existiera "Yo Soy", «¡Permaneced en mí» (Juan 15, 4), es decir, permaneced en "Yo soy".

Primera Parte | Segunda Parte

Notas:

1. Según Eckhart, los tres cielos de San Pablo se refieren a: 1º la des-identificación al cuerpo, 2º vacío de pensamientos y de toda pluralidad de objetos, 3º no dualidad sujeto-objeto: "San Pablo fue arrobado al tercer cielo (Cfr. 2 Cor. 12, 2 y 3). ¡Fijaos ahora en cuáles son los tres cielos! Uno es la separación de toda corporeidad, otro la enajenación de todo ser-imagen; el tercero un mero conocimiento inmediato en Dios" (*Serm. Jesús ordenó a sus discípulos*).

Fuentes: TRATADOS ESPIRITUALES DEL MAESTRO ECKHART (Sanz y Torres, 2008)

Javier Alvarado. HISTORIA DE LOS MÉTODOS DE MEDITACIÓN NO-DUAL (Sanz y Torres, 2012)



© NODUALIDAD.INFO

Web page design and custom graphics © 2018 troman.com